

Josemaría; Santa Isabel, Real Patronato de; Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, Historia de la; Viajes apostólicos; Zurbarán, Colegio Mayor Universitario.

Bibliografía: AVP, *passim*; IJC, *passim*; Beatriz COMELLA, *Josemaría Escrivá de Balaguer en el Real Patronato de Santa Isabel de Madrid (1931-1945)*, Madrid, Rialp, 2010; John COVERDALE, *Echando raíces. José Luis Múzquiz y la expansión del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 2011; Javier MEDINA BAYO, *Álvaro del Portillo. Un hombre fiel*, Madrid, Rialp, 2011; José Carlos MARTÍN DE LA HOZ, *Roturando los caminos. Perfil biográfico de D. José María Hernández Garnica*, Madrid, Palabra, 2012; Pablo PÉREZ LÓPEZ, “Josemaría Escrivá de Balaguer, profesor de ética para periodistas: Madrid 1941”, *SetD*, 3 (2009), pp. 335-368; Pedro RODRÍGUEZ, “El doctorado de san Josemaría en la Universidad de Madrid”, *SetD*, 2 (2008), pp. 13-103; Ana SASTRE, *Tiempo de caminar. Semblanza de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1989.

Santiago MARTÍNEZ SÁNCHEZ

MAGNANIMIDAD

1. La magnanimidad en la enseñanza de san Josemaría. 2. Aspectos de la magnanimidad.

La magnanimidad es la virtud que inclina a la persona humana a cumplir obras grandes de todo género, obras que realmente son dignas de honor. No es magnánimo quien busca cosas grandes pero que implican orgullo o falta de virtudes, porque en verdad esas no merecerían honor. La magnanimidad empuja hacia la heroicidad en todo actuar virtuoso (cfr. S.Th., II-II, q. 129 y I-II, q. 66 a 4 ad 3.)

1. La magnanimidad en la enseñanza de san Josemaría

Para san Josemaría la magnanimidad tiene una gran importancia en la búsqueda de la santidad en medio del mundo, ya que comprende la santidad como la heroicidad

del amor y de las demás virtudes. De ahí que aconseje renovar continuamente una sincera magnanimidad, y que anime a vivir en una actitud de alegre y total fe en Dios en el quehacer de cada jornada.

En la homilía que dedica a las virtudes humanas, enumera la magnanimidad entre aquellas que considera “el fundamento de las sobrenaturales” (AD, 74). Subraya que “es preciso luchar por adquirirlas y practicarlas todas” (AD, 76) y que cada virtud se entrelaza con las demás; de modo que, “no sabría determinar cuál es la principal virtud humana” (AD, 76). Sin embargo, trata especialmente de la fortaleza, la serenidad, la paciencia y la magnanimidad, en este orden.

Describiendo de modo general la virtud de la magnanimidad, dice: “Magnanimidad: ánimo grande, alma amplia en la que caben muchos. Es la fuerza que nos dispone a salir de nosotros mismos, para prepararnos a emprender obras valiosas, en beneficio de todos. No anida la estrechez en el magnánimo; no media la cicatería, ni el cálculo egoísta, ni la trapisonda interesada. El magnánimo dedica sin reservas sus fuerzas a lo que vale la pena; por eso es capaz de entregarse él mismo. No se conforma con dar: *se da*. Y logra entender entonces la mayor muestra de magnanimidad: darse a Dios” (AD, 80).

2. Aspectos de la magnanimidad

Siguiendo la pauta de esas consideraciones, se pueden agrupar las enseñanzas de san Josemaría sobre la magnanimidad en tres bloques temáticos. El primero estaría constituido por los textos que se refieren a su comprensión de la magnanimidad humana como respuesta del ser humano a la magnanimidad infinita de Dios, frente a la cual, aun soñando los sueños más audaces, siempre nos quedaremos cortos; el segundo serían las explicaciones sobre cómo se manifiesta esa respuesta en la búsqueda heroica de la santidad; el tercero abarcaría la dimensión de la caridad para

con los demás, especialmente en el afán apostólico y en la ayuda fraterna.

Como ejemplo del primer tipo de textos, citamos los siguientes: “Pásmate ante la magnanimidad de Dios: se ha hecho Hombre para redimirnos, para que tú y yo –¡que no valemos nada, reconócelo!– le tratemos con confianza” (F, 30). “Pídele sin miedo, insiste. Acuérdate de la escena que nos relata el Evangelio sobre la multiplicación de los panes. –Mira con qué magnanimidad responde a los Apóstoles: ¿cuántos panes tenéis?, ¿cinco?... ¿Qué me pedís?... Y Él da seis, cien, miles... ¿Por qué? –Porque Cristo ve nuestras necesidades con una sabiduría divina, y con su omnipotencia puede y llega más lejos que nuestros deseos. ¡El Señor ve más allá de nuestra pobre lógica y es infinitamente generoso!” (F, 341).

En estas palabras, queda fuertemente subrayada la iniciativa de Dios en todo el progreso virtuoso del hombre. Dios, en su misericordia infinita, elige la máxima manifestación del amor, es más, va hasta el extremo de la “locura de Amor de la Sagrada Eucaristía” (C, 432). Es en este sentido magnánimo y llama a la magnanimidad.

La respuesta humana se articula en correspondencia con la iniciativa de Dios. Hay un texto especialmente claro de san Josemaría, en el que se puede apreciar la concatenación de los elementos de la virtud de la magnanimidad con el núcleo de su mensaje, la llamada universal a la santidad: “Si no es para construir una obra muy grande, muy de Dios –la santidad–, no vale la pena entregarse. Por eso, la Iglesia –al canonizar a los santos– proclama la heroicidad de su vida” (S, 611). Las obras grandes, objeto propio de la magnanimidad, sólo valen la pena si son de Dios, si conducen a la santidad. Sin embargo, ésta no es posible sin heroicidad en las obras.

No sorprende que un tema que aparece repetidamente en conexión con la respuesta magnánima del hombre al derroche del amor divino sea la referencia a la

Sagrada Eucaristía (cfr. C, 432, 436; ECP, 84). Ocupa un lugar preeminente en la consideración de san Josemaría la actuación de María que, en Betania, unge los pies de Jesús con un perfume precioso. Califica su actuación con calor y la toma como regla de conducta en el culto divino: “¡Qué prueba tan clara de magnanimidad el *derroche* de María!” (AD, 126; cfr. C, 527).

La consideración de la generosidad de María de Betania lleva al tercer grupo de textos, que subrayan la dimensión caritativa de la magnanimidad hacia los demás. Se trata de albergar ambiciones nobles en un corazón grande que, reconociendo a Cristo en los demás, empuja a ser apóstólicos y a ayudar a cuantos padecen necesidad. Ese dinamismo que parte de la generosidad de Dios para llegar a la nuestra, se refleja, entre otros, en el siguiente texto: “No seáis mezquinos ni tacaños con quien tan generosamente se ha excedido con nosotros, hasta entregarse totalmente, sin tasa. Pensad: ¿cuánto os cuesta –también económicamente– ser cristianos? Pero, sobre todo, no olvidéis que *Dios ama al que da con alegría*” (AD, 126). Es una actitud que –como ya se ha dicho– requiere un corazón grande, universal, “católico” (cfr. C, 7) y un espíritu abierto que abrace a todos los pueblos y todas las razas como hermanos y hermanas (cfr. C, 525).

En san Josemaría, la magnanimidad posee una clara dimensión apostólica. No puede ser de otra manera, ya que su espíritu une estrechamente santidad –la heroicidad en el amor y en la entrega– y apostolado: “la santificación forma una sola cosa con el apostolado” (ECP, 145). En este sentido, la magnanimidad le lleva a decir: “Los problemas de nuestros prójimos han de ser nuestros problemas. La fraternidad cristiana debe encontrarse muy metida en lo hondo del alma, de manera que ninguna persona nos sea indiferente” (AD, 145). Lejos de hacernos pensar en nuestra propia excelencia, la magnanimidad es un estímulo: “agrandad el corazón

hasta abarcar la humanidad entera. Pensad, antes que nada, en quienes os rodean –parientes, amigos, colegas– y ved cómo podéis llevarlos a sentir más hondamente la amistad con Nuestro Señor” (ECP, 175).

San Josemaría, que emprendió e impulsó obras de gran magnitud y alcance, subrayó la importancia que tienen las “cosas pequeñas” en relación con la magnanimidad. Las cosas pequeñas constituyen el modo para realizar todo lo que es grande y el camino hacia la santidad, porque “la santidad no consiste en grandes ocupaciones” (F, 61), sino en “luchar en la vida interior y en el cumplimiento heroico, acabado, del deber” (F, 60; cfr. C, 825).

Como en los demás aspectos de la vida cristiana, san Josemaría enseña que el ejemplo de Santa María en la virtud de la magnanimidad juega un papel hermenéutico de primera categoría: “eso es lo que explica la vida de María: su amor. Un amor llevado hasta el extremo, hasta el olvido completo de sí misma, contenta de estar allí, donde la quiere Dios, y cumpliendo con esmero la voluntad divina. (...) Hemos de procurar ser como Ella, en las circunstancias concretas en las que Dios ha querido que vivamos” (ECP, 148).

Voces relacionadas: Apostolado; Cosas pequeñas; Fortaleza; Fraternalidad; Justicia; Promoción social y desarrollo; Santidad; Solidaridad; Virtudes humanas.

Bibliografía: AD, 73-93; “El amor de los hijos de Dios. Las virtudes cristianas”, en Ernst BURKHART - Javier LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría. Estudio de teología espiritual*, II, Madrid, Rialp, 2011, pp. 285-494; Tullo GOFFI, “Magnanimidad”, en Ermanno ANCELLI (dir.), *Diccionario de Espiritualidad*, II, Herder, Barcelona, 1983, pp. 526-529; F. MARTI, “Magnanimité”, en DSp, X, pp. 91-97; S.Th., II-II, q. 129 y I-II, qq. 66 a 4 ad 3.

Martin SCHLAG

MARÍA SANTÍSIMA

1. Una vida enteramente mariana.
2. Una enseñanza mariológica de raíz trinitaria.
3. La maternidad divina, fundamento de la vida de María y de la devoción mariana.
4. Madre de los hombres.
5. Santa María, ejemplo de virtudes.

San Josemaría insistió siempre en que el único modelo para el cristiano es Jesucristo, y el modelador, el Espíritu Santo. Su lema era “ocultarme y desaparecer, que sólo Jesús se luzca”. Sin embargo, a la vez que reiteraba ese criterio con frecuencia en sus conversaciones, con la misma sencillez, decía: “Si en algo quiero que me imitéis es en el amor que tengo a la Santísima Virgen”. Ésta era una excepción en la que se ponía de ejemplo. Puede afirmarse que su existencia y su enseñanza fueron profundamente marianas: el amor a Nuestra Señora empapaba sus acciones y toda su predicación. Su vida interior estaba focalizada en un entrañable trato continuo como hijo pequeño de tan amable Madre.

1. Una vida enteramente mariana

La devoción mariana arraigó en el alma de san Josemaría en el hogar paterno. Sus padres, don José Escrivá y doña Dolores Albás, eran fervientes católicos que profesaban un afectuoso amor a la Virgen María. Basta advertir que a la edad de dos años, con motivo de una grave enfermedad que parecía incurable, su madre, doña Dolores, comenzó una novena a Nuestra Señora del Sagrado Corazón por la curación de su hijo, con la promesa de una peregrinación a la Virgen de Torreciudad en el caso de su sanación. Promesa que los padres con el niño cumplieron poco después. Fueron, pues, ellos en primer lugar, quienes le inculcaron, a través de su ejemplo y de sus enseñanzas, el cariño filial a María; de ellos aprendió san Josemaría el “Bendita sea tu pureza” y una oración de ofrecimiento a la Virgen, “Oh Señora mía, oh Madre mía, yo me entrego enteramente a Vos...”. En

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.